

AVISO A LAS CLASES PASIVAS.

El 26 del corriente mes, concurrirán á la Real Tesorería á percibir sus haberes las pensionistas, acreditando su estado y demás circunstancias con certificación del Cura párroco; y el 27 los jubilados, cesantes y retirados con igual objeto, y los que lo hagan por apoderado exhibirán la de supervivencia.

Puerto-Rico, 22 de Junio de 1860.—Fernandez.

Descubrimientos de países desconocidos.

EN LA AMERICA CENTRAL

POR EL CABALLERO DE PONTELLI.

He dicho anteriormente que la parte Sur de esa vasta comarca tiene unas diez y nueve mil leguas cuadradas. El Norte, que se desarrolla en una infinidad de alturas, toca en sus límites en Vera Paz, pasando por el lago Pateo, el Guatemala, el Yucatan y el Chiapas, calculo que la superficie de esta parte setentrional tiene cuatro veces al menos la extension de la parte meridional. Esta porcion de territorio está muy poblada; la raza de montañeses que la habita es valiente y belicosa. Las poblaciones agrupadas en las diferentes alturas pueden suministrar con facilidad seiscientos mil combatientes. El país alto de todas las producciones de la Europa, y el bajo presenta toda la variedad de la vegetacion tropical. El clima ofrece muchas variaciones de temperatura, segun el grado de elevacion; y subiendo se puede pasar de los ardores del trópico, ó de las tibias influencias de la zona templada, hasta la temperatura de las nieves eternas.

El suelo de las mesetas es de una fertilidad y de una riqueza incomparable. Al ver las numerosas ruinas de las antiguas ciudades que he visitado, se conoce que los elementos de una civilizacion avanzada se hallan desarrollado en una comarca tan admirablemente favorecida, y que realiza la abundancia y los encantos de un verdadero paraíso terrestre. Citaré de paso como testimonio de un antiguo estado social digno de una sociedad regular, el antiguo camino cuya señal he descubierto, y que ponía en comunicacion con los dos océanos poblaciones de las cuales no se halla más que vestigios actualmente.

La region montañosa ofrece una gran variedad de riqueza mineralógica: el oro, la plata, el cobre, el hierro y el plomo se encuentran en criaderos considerables que no son explotados. El indio, que apenas tiene otra cosa que oro y plata para sus cambios exteriores, se contenta con sacar de esas minas para sus necesidades personales las cantidades de esos metales preciosos que le hacen falta. El mismo los funde y los entrega á los agentes de su comercio para la compra de los artículos que desea, sin pensar en acumular el producto de sus extracciones. A pesar de esa negligencia por riquezas cuyo verdadero valor desconocen, los pueblos de la América central estiman en mucho la posesion de sus minas; y por una ley que he hallado vigente en el país, se castiga con pena de muerte á todo el que revela á un blanco una mina de oro ó plata. Esa legislación severa, que se mantiene desde la conquista, tiene sin duda por objeto combatir la avaricia, cuyos excesos han producido males incalculables entre la raza india, en tiempo de las primeras expediciones europeas al continente americano.

Entre las especies mineralógicas que abundan en toda esa zona, debo mencionar aun las piedras preciosas, el ópalo, la cornalina, el topacio, el rubí y la esmeralda. También he visto cristal de roca en grandes masas, y más de una vez me he asombrado el efecto mágico que produce á la luz de las teas el juego de los cristales cuando se penetra en ciertas grutas.

Las producciones vegetales no son menos diversas. He hallado casi á cada paso los árboles de goma, los bálsamos negros, el copaiba, la quinina rosada y amarilla, el árbol de cera, de sebo y de seda. Esta última especie crece en una vasta extension del país y constituye un producto particular; la habita una clase de araña que teje sobre sus ramas una bolsa que encierra una seda abundante y de una excelente calidad.

Me sería difícil comprender en la rápida noticia que me he propuesto trazar, los infinitos recursos que hacen de esa comarca el país más rico del mundo con respecto á los tres reinos de la naturaleza. Habiéndome formado del país una idea sumamente ventajosa por varias muestras que descubri á mis primeros pasos por su territorio, formé la resolución de visitarlo en todas sus partes para estudiar su constitucion geográfica física y moral. Para lograr mi objeto debí exponerme á muchos peligros; pero hoy que las circunstancias me han favorecido, no siento ni mis fatigas ni los obstáculos que debí vencer.

La primera de las condiciones que tiene que llenar todo viajero que quiere penetrar en el país es la de inspirar entera confianza á los indígenas por la rectitud de sus intenciones. Al menos habrá de dejarse suponer que posee todos los conocimientos que ellos

consideran como los más útiles, esto es, el conocimiento de las plantas y el arte de la guerra. Sin embargo no es posible engañarles acerca de materias sobre las cuales racionan bastante bien segun sus ideas y usos. Yo tube la suerte de granjearme la confianza de los primeros con quienes traté, justificando á sus ojos algunos de los méritos que ellos estiman, y pudo de ir que sali con bien de las pruebas que me impusieron.

Hacia algun tiempo que deseaba yo comunicar con el jefe; pero siempre mis primeros amigos me habian disuadido de emprender un viaje por el interior, alegando la poca seguridad con que podía contar para esa empresa. No obstante, una mañana un aviso transmitido por una señal del interior á la frontera donde yo me hallaba, me advirtió que podía poner en ejecucion mi proyecto; que el poderoso jefe, el León de los Andes, estaba dispuesto á recibirme con benevolencia, y que encontraría en mi camino guías y hombres para conducirme y protegerme.

Me aconsejaron que dejase mi caballo en la frontera, porque los caminos por las montañas son impracticables para los animales. Con efecto: en esa region montañosa el transporte se efectúa á hombros. Yo no seguí el consejo y respudí que por todas partes por donde pasara yo, pasaria igualmente mi fiel Cho-cho, mi inseparable compañero de viaje. Cho-cho, de raza india y de origen montañés, estaba dotado en efecto de una inteligencia extraordinaria, de una audacia prodigiosa y de un valor incansable; yo no temía con el ningún peligro. Mi resolución confundió á los indios, y noté que aumentó mucho la buena opinion que ya tenían de mí.

Partimos y no tardé en reconocer que habia acometido una empresa difícil. Tuve que subir montañas, atravesar grandes barrancos y rios, y no sin un trabajo inaudito logré superar unos obstáculos tan formidables. Mas de una vez los indios, conmovidos con los peligros que yo corría y excitados por la simpatía que les habia inspirado, se proteraban á invocaban en mi favor al Grande Espíritu. Por fin, quince dias despues de nuestra salida llegamos á Cuchumata, donde debia tener lugar mi entrevista con el poderoso jefe Bach-na-Itit.

Encontré al León de los Andes en su traje de guerra al borde de un precipicio profundo; la acompañaban su mujer y los miembros del consejo de los ancianos. Mi llegada le fué anunciada por el sonido de las trompas de mis guías. A la vista del jefe indio di espuela á mi caballo, que de un salto me llevo al otro lado del precipicio, plantándome así cerca del León de los Andes, que se quedó como maravillado de mi destreza y mi temeridad. Me recibió con señales de distincion, teniendo en una mano en señal de amistad una hoja de palmera-abanico, mientras sostenia con la otra su escopeta.

La mujer del jefe me honró con las mismas demostraciones amistosas levantando los brazos; llevaba á la espalda una criatura. Los miembros del consejo me saludaron con una especie de gruñido grave que manifestaba la satisfaccion que les causaba mi visita. De estas pruebas de benevolencia deduje que habian llegado á mi persona noticias favorables. Me condujeron con muchas atenciones hasta la ciudad, donde me prodigaron la hospitalidad más generosa.

Mis relaciones con el jefe se estrecharon muy luego, de modo que pude hablar con él muchas cosas que me interesaban. Lo que supe tocante á la religion del país me convenció de que los habitantes se hallan sumergidos en una idolatria grosera; Creí que podía hacer un gran servicio á esas poblaciones ignorantes revelándoles lo más posible de nuestra religion; y sin tratar de desnaturalizar la idea que se hacian del Grande Espíritu, inculqué al jefe y á su familia nociones de moral cristiana; les expliqué los méritos del bautismo, y al cabo de poco tiempo logré que el jefe indio se dejara conferir las gracias de esa santa práctica.

El Bach-na-Itit quiso que comenzara por sus hijos asegurándome que á su ejemplo todas las madres de la tribu me presentarían luego los suyos. Así pues, el día convenido, nos reunimos á la orilla de un rio, en presencia de los miembros del consejo, y bauticé con las prácticas de uso á los hijos del jefe, en tanto que los asistentes, siguiendo mi consejo, llamaban sobre sus cabezas las bendiciones de Grande Espíritu. Los padres, sentados sobre una piel de tigre, invocaban también á la Divinidad. Esta escena de un carácter tan extraño, en medio de la soledad de una selva, me causó la mayor impresion, pero tuve que contener mi emociion, que los indios habrian podido achacar á flaqueza.

Los indios tienen el sentimiento religioso muy desarrollado. Na hay una accion un poco importante de la vida pública ó privada que no les haga ir á las pie de su idolo. Sus oraciones son sencillas; consisten principalmente en oraciones. He asistido á muchas de sus ceremonias religiosas, pero ninguna me ha conmovido tanto como la oracion en comun que precede á los combates, y que tiene por objeto recomendar á la clemencia del Grande Espíritu á todos aquellos que han de sucumbir en la guerra. Este acto de adoracion se celebra delante de la gruta sagrada del templo, ante

la cual encienden una hoguera principal con ramos olorosos. Una uno de los combatientes enciende luego otra hoguera pequeña en linea circular y se prosterna con la cabeza apoyada en sus manos extendidas. Detrás de cada guerrero hay un estaca clavada en la tierra sostiene las armas del que está orando.

La guerra es una ocupacion muy principal en la vida de esos pueblos, porque las hostilidades entre las tribus son permanentes. Durante mi residencia en Cuchumata, el jefe me encargó que instruyera á sus guerreros en la táctica de la guerra; pero era difícil modular la táctica europea á las hábitos de esos pueblos y el único fruto que saqué de esa instruccion fué enseñarles no la disciplina, sino un conjunto más satisfactorio del ataque y algunas operaciones estratégicas. Ya he hablado en mi artículo anterior de las danzas alegóricas que se ejecutan á la vuelta de la guerra.

Además de las contiendas interiores que arman á las tribus unas contra otras, los indios del centro tienen muchas causas de enemistad contra las poblaciones del litoral; y consisten casi siempre en malos tratamientos ó actos injustos cometidos en perjuicio de los suyos por los hacendados limítrofes. En tales ocasiones el jefe toma represalias, y para eso determina el pueblo que debe soportar la responsabilidad de los daños cuya reparacion se exige. Esta clase de guerra se hace así: cierto número de indios ocultos por ramas de árboles cortadas y que figuran zarzas, van de noche á los lugares que quieren castigar, y arrebatándose llegan cerca de las casas arrojados con antorchas. Estas faginas vivas sirven de abrigo á otros indios arrojados también con teas de maderas resinosas, los cuales, á una señal dada, encienden en diferentes puntos simultaneamente un incendios cuyos destrozos son seguros, porque en esos países faltan los medios para combatir las llamas, á pesar de las repetidas lecciones de la experiencia.

A favor del desorden que sigue á esos ataques, corren los jinetes emboscados, hacen fuego sobre la poblacion que trata de huir, y á menudo capturan á las mujeres y se las llevan. El rigor de estas represiones es proporcionado á la gravedad de la ofensa.

La caza es otra de las ocupaciones de esas tribus. Los detalles que he dado ya sobre el modo de cazar de los indios demuestran que en ese ejercicio emplean toda la energia y el valor de que dan prueba en los combates. He asistido á muchas de esas cacerías, y puedo asegurar que más que una diversion son simulacros de guerra. Así puede penetrar en selvas impenetrables donde recogí algunas observaciones curiosas. Vi en esas excursiones, en el seno de una nacion salvaje, verdaderas maravillas naturales y hechos del más alto interés para los naturalistas. Presencé la lucha de una serpiente colubina contra un jabali encarnado, que con su fuerza prodigiosa venció los esfuerzos del terrible reptil.

Otra vez, recorriendo los bosques con mis indios, fui testigo de un espectáculo que apenas puede creerse. Mis hombres me señalaron un uso sobre el tronco de un árbol replegado sobre sí mismo, y con una pata levantada sobre su cabeza; hé aqui la razon de esta costumbre que me pareció muy poco natural: la pata alzada estaba untada de miel y servía de cebo; los monos acudían á la miel, y el animal animal cogía al mono y le ahogaba. De este modo le vi matar muchos monos, hasta que le maté de un balazo.

En las selvas vírgenes encontré un ave poco conocida en Europa el quezal, de un verde esmeralda, y cuyo plumaje tiene el tornosolado de las pedrerías más hermosas. Es del tamaño del caquillo, y es muy notable por su cola, que es de un largo extraordinario. El quezal construye su nido de erin en los árboles siempre á la orilla de barrancos profundos y calientes. El nido tiene dos orificios, uno para entrar y otro para salir, de modo que no puede estropearse la cola. Segun dicen los indios, el quezal tiene una vanidad en su cola, que si le rompen un solo pluma, se muere de pesadumbre.

Me ha sido imposible cerciorarme de este hecho, que indico á los naturalista bajo la garantía del testimonio de los indios.

LEON DE PONTELLI.

AVISOS.

SEMINARIO-COLEGIO DE PUERTO-RICO.

Correspondiendo los PP. de la Compañía de Jesus, que dirijen este establecimiento á la confianza que en ellos tienen depositada los padres y tutores de los alumnos internos, tan luego como han previsto que la continuacion de los estudios podria serles perjudicial en una estacion tan rigorosa como la que atravesamos; autorizados competentemente han dado desde luego principio á los exámenes de fin de curso para que los Señores padres de aquellos puedan retirarlos en seguida á sus casas y pueblos respectivos.—El Secretario, Manuel Agraz.

IMPRENTA DEL GOBIERNO.